



LOS CUERVOS

Érase una vez un matrimonio que tenía siete hijos varones, pero ninguna niña, y la deseaban por encima de cualquier cosa. Un buen día, la mujer dio a luz una niñita y la alegría fue inmensa en la casa. Pero la niña nació tan chiquitita y débil que el padre quiso bautizarla lo antes posible.

Así pues, llamó a su hijo mayor:

—Hijo, ve por agua a la fuente. Debemos bautizar a tu hermana cuanto antes; está muy débil.

El resto de los hermanos quiso acompañarlo y, al llegar a la fuente, todos querían ser el primero en llenar la jarra. Lucharon unos con otros, quitándose de las manos, hasta que la jarra terminó en el fondo del manantial. **¿Quién se atrevería ahora a volver a casa?** Los hermanos no sabían qué hacer y, en casa, el padre se desesperaba por su tardanza:

—Pero ¿qué estarán haciendo estos muchachos? ¿Cómo es posible que no vuelvan?

Y, cada vez más angustiado, en un arrebato de ira, exclamó:

—¡Qué barbaridad! ¿Cómo puede ser que les importe tan poco su hermana? ¡Cuervos tendrían que ser!

Y, apenas salieron estas palabras de su boca, siete cuervos vinieron a posarse en el alféizar de la ventana.



Por más que se arrepintió de sus palabras, no hubo forma de reparar aquello. **¡Sus hijos se habían convertido en cuervos!** Solo la salud de la pequeña, que fue ganando peso día a día, compensaba la desesperación de los padres.

Con el paso del tiempo, la niña fue creciendo, y cada día era más hermosa. No sabía nada de sus hermanos, pues los cuervos habían marchado lejos y sus padres nunca mencionaron lo sucedido. Pero, un día, escuchó una conversación entre vecinos que sembró una duda en ella. No tardó en preguntar a sus padres:

—Padre, ¿yo no soy tu única hija?

—Sí... Bueno... En realidad, no... Tienes siete hermanos, hija, pero no puedes verlos.

—¿Siete hermanos? ¿Y dónde están? ¿Por qué no puedo verlos?

Entonces, sus padres le relataron lo que había sucedido cuando ella nació. Al conocer la historia, la joven pensó que estaba en deuda con sus hermanos y que debía ayudarlos fuera como fuera.

Y, un buen día, la joven se marchó. Tomó una hogaza de pan para calmar el hambre, una jarrita de agua para saciar la sed, una sillita para descansar y la sortija de sus padres para recordarlos.

Caminó durante días y días, hasta el fin del mundo, hasta el Sol.

—¡Buenos días, señor Sol! ¡Uf, qué calor hace aquí! —exclamó la pequeña.

—Pues esto no es nada, jovencita, estoy recién levantado. Espera que sea mediodía y sabrás lo que es el calor.

Pero la joven decidió que lo mejor era salir de allí cuanto antes, pues no soportaría tanto calor.

Comenzó a correr y llegó a la Luna.



—Buenas noches, Luna.

—Buenas noches, jovencita.

—¡Estás helada! ¿Cómo puedes vivir así? Estarás siempre resfriada...

—De ninguna manera, la baja temperatura me mantiene tersa y linda. ¿Por qué me iban a amar, si no, todos los poetas del universo?

La muchacha decidió que una luna tan fría y presumida no era buena compañía; así que siguió y siguió su camino, hasta que llegó a las estrellas, que la recibieron amablemente:

—Bienvenida al reino de las estrellas, jovencita.

—Buenas noches, estrellas —contestó la niña.

—¿En qué podemos ayudarte?

—Oh, yo... Estoy buscando a mis siete hermanos, pero... en realidad, ahora son siete cuervos.

—Mmmm, creo que el lucero del alba te puede ayudar, pero tendrás que esperar, aún está dormido.

Cuando por fin despuntó el alba y el lucero despertó, le dijo:

—Tus hermanos están en la montaña de cristal. Solo tú puedes rescatarlos, pero, para llegar hasta ellos, necesitarás esta llave. Guárdala bien.

—Muchas gracias, estrella del alba. Así lo haré.

Y la joven siguió su camino, hasta la montaña de cristal. Cuando llegó ante ella, una puerta le impedía el paso. Entonces, recordó la llave y buscó en su bolsillo. Pero... ¿cómo era posible? ¡La llave había desaparecido! ¡Qué torpeza...! No se había dado cuenta de que el bolsillo estaba roto y la llave debió caer por el camino.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¡No puedo entrar! Y ya no habrá forma de encontrar la llave... ¡He caminado tanto!

Lloraba la joven mientras intentaba sin éxito abrir la puerta. Pero, cuando sus lágrimas rozaron la cerradura... la puerta, como por arte de magia, se abrió.

—¡Oh! ¿Qué pasa aquí? ¿Quién abrió la puerta? —se preguntó la niña—. Tal vez, sea cosa de brujas y no deba entrar... Bueno, pero el lucero del alba me dijo que aquí encontraría a mis hermanos, ¿no? ¡Adelante!, entraré.

Apenas entró en la montaña de cristal, un duende salió a su encuentro:

—Bienvenida, jovencita, soy el guardián de la montaña. ¿Quién eres tú y qué buscas aquí?

—Verá, señor duende, vengo a buscar a mis hermanos, los siete cuervos.

—Pues los señores cuervos no han regresado todavía, pero puedes pasar y esperarlos. No tardarán mucho.

Y el duende la acompañó a un salón en el que había una gran mesa puesta con siete platos, siete copas y siete cubiertos. El duende sirvió la comida en los platos y el agua en las copas. Entonces, la muchacha probó un bocado de cada plato, bebió un sorbo de cada copa y, en la última de todas, colocó la sortija de sus padres. Enseguida, el duende anunció:

—Los señores cuervos están a punto de llegar. Abriré la ventana para que puedan sentarse a la mesa.

Y, al poco tiempo, siete cuervos negros como el azabache y graznando sin parar fueron entrando uno a uno por la ventana. Estaban realmente hambrientos. La joven se escondió detrás de la puerta, pues no sabía cómo la recibirían.

—Alguien comió de mi plato.

—Y alguien bebió de mi vaso.

—Sí, hermanos —contestó otro cuervo—, creo que en mi caso también. Y, es más, diría que es una boca humana la que comió de mi plato.

—¡Eh! ¡Hay algo en mi copa!

—¿Cómo es posible? Es la sortija de nuestros padres —dijo otro de los hermanos—. ¿Quién la habrá puesto ahí?

—Ojalá fuera nuestra hermana. Si ella estuviera aquí, se rompería para siempre la maldición.

Y, con solo escuchar aquello, la joven salió de atrás de la puerta.

—Pues sí, aquí estoy, hermanos. ¡Me costó tanto encontrar este sitio!

Y, en ese preciso instante, ocurrió algo que ni ella misma se esperaba. En cuanto la vieron, todos y cada uno de los cuervos tomaron forma humana. Ante la jovencita, aparecieron siete bellísimos jóvenes, todos muy parecidos y todos felices.

—¡Hermana, qué bien que estás aquí!

—Sí, gracias, hermanita... Si no hubieses venido a buscarnos, seguiríamos siendo cuervos.

—¡Ay, hermanos!, ¡qué feliz soy! —exclamó ella—. Cuando me enteré de lo ocurrido, sabía que debía buscar a mis hermanos ¡y, finalmente, los encontré!

Con la ayuda del pequeño guardián de la montaña, regresaron a casa. ¡Cómo corrieron a abrazar a sus padres! Estos, emocionados, no podían creer lo que veían sus ojos.

Desde entonces, nunca más se separaron. Y colorín colorado, este cuento de negros cuervos se ha acabado.

